



Esther de Cáceres:
la correspondencia como ejercicio de amistad

Ana Inés Larre Borges

El 24 de febrero de 1981, —el día siguiente al llamado “Tejerazo”, cuando militares golpistas ocuparon en Madrid las Cortes españolas— conocí en su pequeño apartamento de la Plaza de Oriente, al poeta José Bergamín, que alivió por un momento las preocupaciones políticas de la víspera recordando a quienes habían sido sus amigos en Uruguay durante su exilio. Cuando Bergamín volvió a España, las cartas sustituyeron las tertulias con escritores uruguayos. Mencionó entonces particularmente, su correspondencia con Esther de Cáceres. “Era muy coqueta, siempre disculpándose porque no sabía escribir cartas, pero sabiendo que eran muy hermosas”¹.

“Nunca supe escribir cartas —le escribe a Clara Silva el 31 de agosto de 1949, desde la casa de los Dieste en Galicia— Perdonen la pobreza de ésta pero sientan el cariño con que los abraza Esther”. Y en medio de diversas noticias a Gabriela Mistral puede irrumpir de pronto con: “Ay! Gabriela, yo no sé escribir! Por eso escribo pocas cartas. Como los niños cuando no saben un juego se apartan resentidos, así yo con la correspondencia”.

La escritora bohemia y religiosa, desinteresada de las vanidades del mundo y de su aspecto, guardaba ese dejo de coquetería para sus cartas. Esther de Cáceres fue, a pesar de estas y otras negaciones, una corresponsal vehemente, tenaz, prolífica que supo del ejercicio de seducción que conlleva esta práctica.

Desde hace un tiempo que la correspondencia ha atraído la atención teórica que la estudia como género de discurso y como práctica social. La visión de la carta como transcripción que remeda una conversación o la idea de diálogo diferido, ha mostrado su cortedad y asimismo su percepción como mero documento, herramienta auxiliar de algo que la trasciende ha dado paso al interés por la rara especificidad de sus indefiniciones.² Las cartas de los escritores revelan bien esta evolución —e irresistible ascensión— del género epistolar, que pasó de insumo de biografías y argumento socio-

lógico al lugar privilegiado que hoy comparte con otras formas de la escritura privada y testimonial. La cualidad ambigua de la carta, entre la comunicación y el soliloquio, la hace un modelo fascinante y perturbador para pensar la literatura. Kafka, un adolorido escritor de cartas y de diarios, fue escéptico respecto a la comunicación que podían alcanzar las cartas, pero iluminó precisamente desde esa desconianza su sentido: “¿De dónde habrá surgido la idea de que las personas pueden comunicarse mediante cartas? Uno puede pensar en una persona distante y puede tocar a una persona cercana; todo lo demás queda más allá de las fuerzas humanas.”

La categorización espacial de Kafka trae consecuencias. Describe la correspondencia como un género que no generaliza a su destinatario, sino que lo elige y lo nombra. Aquí hay un lector explícito en vez del incierto lector implícito de los otros géneros. En lo que sigue de esa famosa cita, Kafka pone énfasis por un lado en la cualidad fantasmática de las cartas y refiere su proclividad al ensimismamiento, pero también ve la relación de las cartas con “lo real”, esa pertenencia al mundo de las cosas que la diferencia de otros discursos: “Escribir cartas, sin embargo, significa desnudarse ante los fantasmas, que las esperan con avidez. Los besos por escrito no llegan a su destino, se los beben por el camino los fantasmas. Con este abundante alimento se multiplican en forma desmesurada. La humanidad lo percibe y lucha por evitarlo. Y para eliminar en lo posible lo fantasmal entre las personas y lograr una comunicación natural, para recuperar la paz de las almas, ha inventado el ferrocarril, el automóvil, el aeroplano. Pero ya es tarde: son evidentemente inventos hechos en el momento del desastre. El bando opuesto es tanto más calmo y poderoso; después del correo inventó el telégrafo, el teléfono, la radio. Los fantasmas no se morirán de hambre, y nosotros, en cambio, pereceremos”³. Kafka con un humor que se pretende involuntario, delata esa paradoja que él conoció y ejerció:

las cartas, mientras declaran su deseo del otro, aseguran la distancia.

En la distinción entre la serie de inventos que procuran el encuentro entre los seres y aquellos que lo sustituyen por un simulacro, Kafka también nos da oblicuamente herramientas para pensar el sentido de la correspondencia. ¿Por qué escribir cartas cuando ya se han inventado tecnologías que la aventajan en velocidad? Y, antes, ¿por qué escribir cartas a personas que están al alcance de la mano?

Desde esa perspectiva, en rigor contemporánea a los años de formación de la poeta uruguaya, quiero leer la correspondencia de Esther de Cáceres. La que escribió y la que recibió esta corresponsal generosa y hospitalaria. Atender al uso ritual de las cartas y al lugar que ocuparon en la comunidad intelectual del medio siglo. Por una vez, no busco en las cartas la confesión que delinee una personalidad o la opinión que comente una obra. No quiero usar la correspondencia como instrumento sino como centro. No busco en las cartas el dato, sino el síntoma. Y para ello el territorio epistolar de Esther de Cáceres resulta un campo privilegiado.

Cartas y flores

Casaravilla Lemos, Orfila Bardesio, Emilio Oribe, Giselda Zani, Felisberto Hernández, Ricardo Paseyro, Juana de Ibarbourou, Idea Vilaríño, Joaquín Torres García, Alberto Zum Felde, Clara Silva, Blanca Luz Brum, Carmelo de Arzadum, entre otros muchos uruguayos y entre los extranjeros, amigas poetas como Gabriela Mistral de quien se publicó importante correspondencia⁴, Cecilia Meireles, sus corresponsales religiosos Jacques Maritain y Thomas Merton, pero también, más idiosincráticamente la hija de Unamuno y la de Vaz Ferreira, las amigas de la Mistral o la viuda de Parra del Riego, la inverosímil Blanca Luz Brum con quien

se escribe hasta los últimos años. Los corresponsales de Esther de Cáceres forman una constelación que alcanza varias generaciones, abarca distintas artes, transgrede o desestima capillas estéticas y definiciones ideológicas y se concibe, en el espíritu de su protagonista, como un ancho portal ecuménico y hospitalario. En política, como escribió ella una vez a la Mistral, eligió la difícil tercera posición, pero también buscó conciliar en el pensamiento de Maritain la fe con el pensamiento de izquierda. Esa diversidad y amplitud fueron atributos adheridos o segregados por la personalidad de Esther de Cáceres, pero también existió una disposición de confraternidad generacional. El tono y color de la correspondencia y el frecuente uso ritual del intercambio epistolar fue una marca de esta generación. El modo especial de circulación de las cartas, los motivos y el lugar que ocupan esas cartas en la vida cotidiana, son particulares de una cultura y un tiempo. Y son también su expresión.

La generación del Centenario fue acaso la última generación que escribió cartas como una opción no impuesta por la distancia. Estos escritores intercambian, todavía, misivas dentro de la misma ciudad, y menos por comunicarse que por una gestualidad similar a la función conativa del lenguaje de la que habló Todorov. Prolongan una presencia virtual a sus encuentros y ejercen un sucedáneo del abrazo. Las cartas son al mismo tiempo una ampliación de otra práctica que pronto se tornaría anacrónica entre escritores: el envío de cada nuevo libro a los colegas, munido de una dedicatoria deliberada. Una enorme proporción de la correspondencia está hecha de comentarios sobre los libros recibidos. Lejos aún de la firma como estrategia de mercado, el envío de libros y las dedicatorias y su consecuente acuse de recibo vive también su ocaso en la primera mitad del siglo. Si clasificamos el corpus existente, vemos que hay unas cuantas categorías que alcanzan a amparar casi toda la correspondencia. Naturalmente se asocian a algunos motivos universales como las enfermedades o convalecencias, los duelos, los viajes, los saludos de Navidad y fin de año que,

para la católica Esther se extienden a la Pascua y alguna otra festividad religiosa, pero además están los envíos de libros (no ya de fotografías como fue el uso más protocolar del 900). Muchas de las tarjetas y cartas cruzadas por estos escritores son además una extensión de las tertulias en casas privadas que sustituyeron o completaron las más estrictamente varoniles de los cafés y la costumbre de los banquetes y los homenajes de grandes filas de comensales trajeados, típicas del 900 y de las vanguardias del 20. Este es el tiempo educado de las veladas musicales en la quinta de Vaz Ferreira, de las tertulias de María V. de Müller en el Salvo,⁵ de las reuniones también en el hogar del matrimonio Cáceres y de las conferencias en Amigos del Arte o en el Parainfo. Si a la irreverencia de los cafés novecentistas correspondió el formato despiadado de la polémica y el duelo, a la beatitud de las reuniones, corresponde esta correspondencia fraternalmente atenta. Las cartas fueron el lado íntimo de esa vocación por el encuentro. Por eso no es raro que las palabras se mezclen con flores y con dulces. De acuerdo a su correspondencia, Esther de Cáceres parece haber estado enviando flores a a todos todo el tiempo. Juana de Ibarbourou le agradece una vez violetas de los Alpes y otra unos *marron glacé* que corresponde con unos “merengues simples de La Liguria, golosina preferida de mi madre”. A Palma Guillén, la amiga mexicana de Gabriela Mistral, le envía huevos de Pascua uruguayos. Emilio Oribe anota que “las flores duraron bastante para su condición de tales, ofreciéndome su color y su rareza” (Carta 28 diciembre, 1957). En la misma carta Norah Borges agradece bombones y poemas. Pero es Osvaldo Crispo Acosta quien mejor subraya esa desmesura cuando le dice en una postal de “invierno de 1960” que “de ningún modo agradezco espléndido y enorme ramo de alhelíes” ya que eso lo lleva a pensar “si no me tiene por difunto”.

Esther en su casa de Avenida Italia, posa junto a las flores que acostumbraba enviar.



Amiga universal

Carlos Real de Azúa reconoció en Esther de Cáceres “una presencia casi ubicua de nuestra vida cultural, una agitadora de ideas y de fervores, vertidos reiterada, innumerablemente, en cursos, conferencias, prólogos, artículos, ensayos” y pudo definirla por un don suyo “tan esporádico como asombroso”: la amistad⁶. Gabriela Mistral dice que Esther de Cáceres es una de las obras maestras de la amistad aristotélica y juanista” (por Juan el evangelista) y recuerda que Parra del Riego “tuvo en Esther al buen samaritano trastocado en mujer”⁷. Esa aptitud de amistad que corroboran tantos testimonios habita su desbordada correspondencia. El corpus que se ha conservado asimila su estilo de ejecutante al ejercicio de la amistad. No hay aquí cartas íntimas ni amorosas, ninguna del Doctor Cáceres. Y tampoco comparece el diálogo intelectual si no es como mención adherida a los rituales de la amistad, como sucede eventualmente con la mención de lecturas compartidas. En la fluctuante frontera epistolar entre la comunicación y el soliloquio, la correspondencia de Esther de Cáceres está decididamente alineada en el diálogo. Esa vocación por el prójimo se multiplica por una recurrente peculiaridad que subvierte la etimología de la palabra “correspondencia”. Dificilmente se da en sus cartas un exclusivo encuentro de un tú a un tú, siempre circulan otros nombres, siempre hay virtualmente alguien más. Y asimismo hay otras palabras. Se ha dicho que las cartas siempre hablan de sí mismas, en esta correspondencia es normal que las cartas hablen de otras cartas. En una a Joaquín Torres García, Esther elige comunicar al maestro su ambición de llevar a la literatura sus ideas en pintura, a través de la cita de la carta que ella misma ha enviado a la amiga común Rosita Acle⁸. Desde entonces, las cartas dentro de las cartas son un rasgo de su correspondencia⁹. Son huellas textuales que exhiben esa posible poética de la fraternidad, pero eso también se lee en la forma de circulación de las cartas.

La selección de cartas de esta muestra ha estado guiada como ilustración de esa práctica a través de las cartas *escritas por* Esther de Cáceres. No son cartas antológicas, sino entre otras series posibles, algunas que escribió a escritores uruguayos en el transcurso normal de su vida intelectual. Inevitablemente, aún en lo relativamente aleatorio y breve del conjunto, su figura se ilumina y alcanza a delinearse un arco que va de la joven poeta, que al enviar poemas para una antología ensaya un retrato de sí, hasta la mujer en duelo, que ha perdido a quien fue su compañero de vida y pronto va a morir. Su correspondencia ratifica la opinión que evoca Real de Azúa y en varias ocasiones la explicita. Esther de Cáceres construye privilegiadamente a través de sus cartas un *personae* que fue su modo de ser intelectual, acaso porque las cartas también fueron un instrumento en la creación de sí. Pero es también la correspondencia la que habilita, a veces, la disidencia.

Si las cartas de un escritor lo revelan, las cartas que recibe también bordean su silueta. Las cartas de los amigos de Esther resguardan a la amable construcción de la dadora,¹⁰ pero también filtran aquí y allá una singularidad y fuerza que fue tal vez el secreto de su aptitud para la amistad y la vida. En una carta temprana de 1930, que un amigo envía al matrimonio Cáceres desde un voluntario retiro campesino en Florida,¹¹ comparece una Esther juvenil que quedó luego eclipsada: “Supe primero por Héctor Villar y Rossi, y después por Enrique, que la de *Las islas extrañas* se había doctorado. No me alegré ni me entristeció la noticia. Cuando se es doctor ya se es otra cosa, lo mismo que se cesa de ser boemio (sic) cuando la consagración llega. Por eso yo no quiero morir de ese modo. Es fatal que muera el estudiante cuando el diploma liquida la situación anterior. Tengo esperanza sin embargo, de que en el caso de Esther, la grosura que implica la posesión de un título, sólo permanecerá en estado gaseoso disociada por su temperamento finísimo y audaz”. Ese amigo que encabeza la carta con un “queridos camaradas” parece ser un compañero de las



Esther, en plenitud de madurez, rodeada de cuadros y de libros en su apartamento de la Torre del Rex, donde se realizaron fraternas tertulias de su generación.

épocas en que Esther militaba en el comunismo y por eso quizá escribe la única carta que se conserva dirigida a la poeta por su nombre de soltera: "No me suena bien decir: Doctora Esther —escribe en manuscrito como agregado a la carta a máquina— por eso en el sobre puse Correch. Perdonad si he metido el pie, pero, también mi sensibilidad tiene sus derechos".

Desde la "camarada Correch" a la *hermana*, o "angélica" Esther, como la llama alguna vez Juana de Ibarbourou, no sólo ha tenido lugar la conversión religiosa, sino la creación de ese *personae*, pero la irreverencia emocional del antiguo camarada nos previene de que la santidad de Esther de Cáceres fue menos convencional de lo que puede sugerir el currículum exterior de su trayectoria. Y esa raíz secreta reaparece en la vitalidad de sus cartas con la vivacidad que da a la escritura saberse íntima y efímera.

Cecilia Meireles al despedirse, llama en una carta al Doctor Cáceres, "el hombre que deja ser libre a su mujer". Esa casi broma, puede ser una llamada de atención a cierta inercia crítica por la que hemos asumido que las poetas uruguayas que adoptaron el apellido de sus esposos fueron especímenes sumisos a un orden patriarcal. Con su título de médica, sus responsabilidades culturales y académicas, sus iniciativas para fundar centros y museos, el caso Esther de Cáceres amerita una revisión que no se detenga en los prejuicios de los nombres. Acaso alcanzó libertad y autonomía al eludir el previsible y convencional papel de musa, de seductora, de "fémina" puesta en lo alto, optando en cambio por una horizontalidad fraterna. En una carta que le envía desde la Abadía de Getsemani, Thomas Merton le dice que sus poemas están hechos "para ser leídos en soledad, entre árboles, en lugares quietos". Y la define como "una poeta de árboles, así como también de la amistad."¹²

La trama secreta

Gabriela Mistral murió en Nueva York, "de muerte callada y extranjera" el 11 de enero de 1957. Sus exequias se iniciaron en Estados Unidos y sus restos fueron repatriados a Chile para darle sepultura en su aldea de Montegrande del Valle del Elqui. Morir lejos es destino frecuente a los escritores hispanoamericanos. Precisamente, por lo paradigmático, creo revelador observar ese hecho desde las cartas.

Palma Guillén, maestra mexicana que había hecho temprana amistad con Gabriela cuando esta fue invitada por Vasconcellos, hizo también amistad con Esther de Cáceres y se escribió con ella largamente después de la muerte de la chilena.¹³

Sobre esa otra correspondencia me interesa detenerme. Suele recuperarse, suele citarse, la correspondencia de las figuras descolantes, pero existe otra trama secreta que teje un sentido a las relaciones intelectuales de aquella generación americana. Palma escribe apenas una docena de días después de la muerte de Gabriela una carta a Esther que da una semblanza cercana y libre de cautelas acerca de los últimos días y de las públicas exequias de la poeta chilena:

"Durante todos estos días en que el cuerpo de Gabriela ha estado expuesto al público, ay pobrecita! y luego llevado en aviones de guerra por encima de toda la América, yo he andado como rara alma en pena, rezando hasta dormida, sin saber casi donde estoy y pidiendo a Dios en cada hora que terminara ya todo el espectáculo para que la pobrecita pudiera dormir en paz. Hace días, la tuvieron de un lado para otro embalsamada, congelada, vestida. Ay cuando pienso yo en el horror que ella tenía de todas esas cosas se me doblan las rodillas Esther! Mejor no haber estado cerca, mejor no haber visto todo eso. Estuve a punto de partir cuando los diarios dieron aquí el 6, la noticia

de su gravedad. Lo tuve todo arreglado; pasaporte, visa, pasaje. Pero hablé por teléfono con Doris¹⁴ y ella me dijo que no fuera, que era completamente inútil, que Gabriela estaba, desde hacía 3 días, sin conocimiento. Está “desconectada”, me decía su voz lejana, extrañamente tranquila, su cerebro no tiene ningún contacto con lo que la rodea; no conoce y casi no ve Palma, no vengas”. Me quedé, Esther, y en los días siguientes, mientras vivió estuve desesperada. Ahora no, ahora prefiero no haber ido. La miro en estos momentos como la vi cuando me despedí de ella, el 6 de enero también, de 1953 en Rapallo. Estaba en la cama aunque era ya media mañana porque hacía mucho frío. Me mostró sus manos ateridas. Yo se las besé. Ella me besó la frente. Adiós, Palmita, me miró con sus dulces ojos grises. Escríbeme! Yo me iba a Florencia; ella debía embarcar el día siguiente en Génova, para Nueva York. No la volví a ver más, Esther”.¹⁵

La correspondencia con Palma Guillén continúa en otras cartas de duelo comparado y dos años después aparece en otra muestra de ese ejercicio de amistad ritual que en Esther de Cáceres se extiende internacionalmente con los mismos rasgos que los más conocidos dentro del país. El 9 de febrero de 1959 Palma pone en movimiento a los amigos de toda América para repatriar los restos de Gabriela Mistral a Chile y conseguir fondos para hacer una plaza con árboles y un mausoleo para la amiga poeta:

“Se trata, querida Esther, de nuestra querida Gabriela, es decir de los restos mortales de nuestra Gabriela. Su cuerpo, como tú recordarás, fue llevado con gran solemnidad a Santiago de Chile y entonces el que era en ese momento el Presidente de la República, (el

Gral. Ibañez) prometió que al cabo de algún tiempo, el cuerpo sería llevado, de acuerdo con la voluntad expresa de Gabriela, a su pueblo, Monte Grande. Hasta la fecha, el traslado no se ha hecho y el cuerpo está allí, en el nicho helado y lejos de la tierra en que ella quiso reposar”.

La alegada falta de fondos para trasladar el cuerpo al pueblo natal, pone en movimiento a los amigos para realizar ese otro ritual de los escritores del temprano siglo XX, la colecta. Palma solicita a Esther se encargue de hacerla en Uruguay y le comunica que está escribiendo a “Adelaida Velazco Galdós en Ecuador, a Marta Salotti de la Argentina, a Margot Arce de Puerto Rico, a Doris Dana, Margaret Bates y Eda Ramelli de los Estados Unidos; a Rómulo Gallegos de Venezuela” y avisa que en México ya se ha formado un grupo que integran “Margarita Michelena, Emma Godoy, Carlos Pellicer, Alfonso Reyes, Carmen Toscano.” entre otros. En 2005, como una coda a ese mismo espíritu, los restos de Yin Yin, el hijo adoptivo de Gabriela Mistral fueron repatriados de Brasil donde ocurrió su trágica y temprana muerte, en seguimiento de la voluntad de la poeta chilena. Sin que mediase colecta ya que el Estado chileno asumió esta vez los gastos, el nuevo gesto revela la continuidad y el cambio en estos destinos y rituales de escritores. En los años 50, previos todavía al “boom” editorial que convirtió en poco tiempo a la literatura en mercado, una secreta y fraterna sociedad de escritores sostenía la memoria americana. La correspondencia entre revela el frágil armamento sobre el que la defensa de esa memoria se sostuvo.

El caso de la repatriación de Gabriela Mistral quedó documentado en las cartas que cruzaron sus amigos escritores americanos. Puede decirse, que fue asimismo realizado a través de esas cartas. Interesa porque revela en la carta una forma de discurso performativo:

las palabras haciendo cosas, haciendo el duelo siempre arduo, reivindicativo y pesadamente truculento y trágico de los escritores hispano-americanos.

Ecós de una brecha generacional

En 1966 Emilio Oribe le envía su *Antología poética* a Esther de Cáceres y se queja:

“libro que ha pasado en semi animato por el ambiente. A pesar de su extensión creo que contiene unos valores que merecían más cuidado de los compatriotas. Pero ya estoy (desde hace tiempo) curado de espanto. Se me ha leído mal me digo y acepto la circunstancia. Confíemos en el futuro. (...)”

Vuelvo a mis recuerdos y hago balances y considero que lo central está en la Poesía. Pero una tenaz incomprensión, una feroz reticencia, una valoración equivocada, o refractaria me ha acompañado siempre y ahora se hace más fuerte. Por fortuna estoy curado de vanidades y de espantos y no le hago caso a la malísima voluntad de las nuevas generaciones...”

Opiniones de este tenor se repiten en la correspondencia dirigida a Esther de Cáceres. Los remitentes son escritores pertenecientes a la generación del Centenario. Son voces que, en su mayoría, estaban silenciosas o han quedado mudas en el recuerdo de un tiempo —década del 60— donde la hegemonía pertenece plenamente a la generación del 45. Las voces silenciadas reaparecen audibles en el



En Las Flores, reunión de amigos junto al pintor Carmelo de Arzadum.

corpus epistolar que las descubre heridas porque sienten que han sido desplazadas y también en desconcierto ante una crisis política que ha transformado el Uruguay en el que creyeron vivir. Las cartas registran en palabras de quienes no logran aclimatarse a las nuevas condiciones, el momento en que el Uruguay "clásico" que los historiadores definen como una sociedad amortiguadora, hiperintegrada, partidocrática y frágilmente próspera, entra en crisis "para ingresar en una fase de radicalizaciones y violencias sin precedentes".¹⁶ Acaso no era fácil ese tránsito para escritores acostumbrados a ser envidiados por sus colegas americanos por vivir en "un país sudamericano sin clases divididas por abismos y caldeadas hasta el rojo blanco", como escribe Gabriela Mistral a Esther en la década del 40.¹⁷

A esa pérdida de un país de excepción, los escritores debieron sumar el desplazamiento de que habían sido objeto por una generación parricida. En 1963, Juana de Ibarbourou, al acusar recibo de un poemario de Esther, escribe:

"Y vendrán luego, con una abundancia de frutos benditos, esos dulces profundos, ricos, admirables poemas suyos que hacen por comparación, tan tremendamente impotente ese "quiero y no puedo" de "la nueva ola" tristemente vanidosa y tristemente divorciada de toda belleza, de toda grandeza. O yo no entiendo nada, Esther querida, y estoy enquistada en un concepto de la belleza que ya ha caducado, o de esta generación que para parecer renovadora y creadora de una nueva forma artística echa mano de los más sucios trasfondos de la vida, es una generación de tontos y audaces sin sensibilidad ni cabeza. Puede haber una decena que se salve. De los otros se hará cargo un demonio ciego y analfabeto. Tiene que ser sordo también."

Aunque en el tono agradecido de quien logró conquistar la aprobación, esas son las mismas dudas y prevenciones que expresa una

carta de Casaravilla Lemos de 1962, en la que celebra su triunfo en un concurso ministerial: "Elegí los poemas en lo de Zum Felde —él se interesó mucho en esto— sabrás de la fe que me tiene. Me vaticinó el triunfo. Yo... pesimista, podrá ser más complicada la cosa, le contesté; podrán no encontrarme lo bastante en la corriente general modas actuales etc... Me dijo, también: muy probablemente ha de ser por unanimidad, no podrán superarlo a usted". En una de las cartas elegidas aquí, se puede leer un desenlace a esa historia y los afares de Esther por publicar a Casaravilla y reparar así un poco su depresión final cuando ya está enfermo y cercano a morir.

Al describir el "ambiente espiritual del 900", Real de Azúa advertía cómo es que siempre coexisten en un tiempo y escenario distintos estadios del discurrir intelectual; cómo conviven según sus palabras, *lo retardado, lo germinal, lo vigente y lo minoritario*. No es raro que esas coexistencias sean olvidadas o percibidas de distinto modo según pasa el tiempo. Los escritores del centenario obtuvieron premios y vieron editadas sus obras en las décadas del 50 y 60, pero así como la posteridad al mirar ese tiempo solo ve a la pujante nueva generación del 45 que los desplaza irresistiblemente, ellos sí percibieron y padecieron entonces ese desapego y la amenaza de todo escritor: el olvido. Los premios eran para ellos, pero el reconocimiento se había desplazado a otros espacios de legitimación —las páginas de *Marcha*, ejemplarmente— donde salvo excepciones recibían la indiferencia o la crítica adversa. Publicaban sí, pero las antologías y las obras completas que editaban en buen papel y mejor encuadernación, muchas veces en editoriales internacionales de prestigio, no valían si no concitaban el apoyo de los nuevos. El dolido resentimiento tampoco fue historiado mientras se mentó con insistencia el parricidio de los otros. Las cartas recogen la voz que los entonces vencidos pronunciaron en la intimidad; restituyen así la simetría perdida.



Esther de Cáceres no aparece nunca mostrando incomprendiones estéticas o pérdida de posiciones, ni manifiesta la elegante resignación de un Justino Jiménez de Aréchaga quien en carta del 26 de agosto de 1966 declara haber hecho lo mejor que pudo “en una de las coyunturas más tristes, sucias, feas, opacas, de nuestra vida nacional”. Acaso su elegancia fue de otro orden, protegida por su carácter o por su fe. Las palabras que dirige a Zum Felde resumen su pasión y explican acaso por qué fue ella centro de esta constelación de cartas: “No tengo más que mi soledad y una capacidad para insistir y rogar por mis amigos ante los muy indiferentes seres de este mundo y ante los misericordiosos seres del Cielo, de insondable, sobrecogedor misterio. Sobre todos los silencios seguiré golpeando”.

Son palabras raras en un país que prefiere celebrar a quien lo niega y ve distinción en quien lo maldice. Acaso haya en ellas, modesto y paciente, otro legado posible, para golpear silencios.

Esther de Cáceres. Se conservan tres álbumes de fotografías, en todas está sonriendo.